



## EL JENERAL BALLIVIAN



*Vida del Jeneral José Ballivian, por el Doct<sup>r</sup> José María Santibáñez. «La biografía de los grandes hombres, es la historia de la patria» Nueva York, 1891.*  
Un vol. 4.º con XV, 367 i cuatro pájinas; retrato del jeneral.

«¿Qué papel desempeña la dición en la composición literaria? ¿No es ella el vehículo del genio, del raciocinio i de la imaginación? ¿No es ella la que da vida, acción i movimiento a la obra secreta i misteriosa de la inteligencia? ¿No es ella el ropaje con que se viste el producto de la inspiración i del convencimiento? ¿I no se deteriora, no se degrada, no se envilece el fruto de este árbol tan precioso como es el ser espiritual del hombre, exhibiéndose afuera con el incoherente aparato de una locución mestiza, impura i usurpada? La relación entre el lenguaje i el pensamiento no consiste solamente en que el uno espresa lo que el otro concibe: consiste también en que el uno comunica al otro sus perfecciones i sus vicios.»

Así se espresaba el ilustre José Joaquín de Mora en la Real Academia Española ahora cuarenta i ocho años. Así uno piensa naturalmente al leer, entre el común de los escritos bolivianos de unos treinta años a esta parte, la *Vida del Jeneral José Ba-*

*Uvian* por José María Santibañez. Mui léjos de los que allá degradan i envilecen su pensamiento con la mugre i la tiña de una elocucion impura, heterojénea, mestiza, usurpada a veces a la sintáxis quichua o aimará, aquel escritor cuida de que su clara concepcion de las cosas no se baste sola, sino que, al salir afuera i como desea Mora, se presente con la vida, eficiencia i movimiento que dicha concepcion cobra al traves del esmerado i certero vehículo del lenguaje.

No digo con esto que Santibañez posea habilidad en el manejo del instrumento, esa habilidad técnica que suele llevar al literato de ingenio hasta las excelencias de sabor que son propias de la pureza castellana. Pero si no posee los recursos ni la destreza de la lengua, no se halla en el caso de esos escritores de su país, que viviendo donde con escaso vocabulario se habla mal, pretenden hacer literatura desoyendo el testimonio de su propia conciencia. Ese testimonio les grita al oido: ¿dónde i cuándo aprendiste gramática castellana? Santibañez puede ser leído sin desaire en el esterior por personas bien educadas. Representa la suma de correccion que en la medida de lo apetecible, decoroso i aun elegante, se puede hoy obtener en Bolivia a la vuelta de un estudio tardío i solitario del arte gramatical.

Sin salirse del anterior concepto que para la forma distingue entre correccion i pureza, i trasladando al exámen del fondo el significado de las palabras, es fácil advertir que el autor de la *Vida del Jeneral José Ballivian* no pasó mas allá de la planicie de un elogio correcto, i que no ha subido a la algo escarpada cima de la historia pura. No lo ha querido o no lo ha podido o no lo ha sabido. A presencia de la crítica escoja su sinceridad de escritor cualquiera de estas salidas, porque por cualquiera resulta que su libro ha obtenido lejítima finalidad literaria. Aun en el terceró de los casos, aun cuando no hubiera Santibañez sabido llegar a la historia pura con todo i a pesar de haberlo intentado, su buen derecho de literato queda siempre a salvo, porque en el intento observó el trámite de rigor, que parece nimio i es importante.

En efecto, el título franco de su libro absuelve a Santibañez de cualquier cargo por no haberse ajustado en su trabajo a los requisitos peculiares de la historia propiamente dicha. ¿Por

qué negar a un narrador historiográfico la facultad de elección, el derecho de no querer figurar en el arte o ciencia. históricas sino como informante más o menos sospechable? ¿A quién engaña el que a la labor trae con celo de fiel amigo. materiales bien preparados para la fama del amigo? Sean bien venidos, que con discernimiento i crítica sabrá emplearlos mas tarde alguno de esos reconstructores de la vida que pasó junto con sus clientes i abogados. Cuando el ilustre Blair calificaba las vidas i las biografías de «especies secundarias de composicion histórica,» desligó por el hecho a los autores de vidas i de biografías, si bien se entiende, de las obligaciones que pesan sobre el literato que asume el carácter augusto i altísimo de historiador propiamente dicho.

No desconozco que autores de vidas han alcanzado la plenitud del arte historiográfico. Sin salir de la esfera americanista ahí estan Quintana, Irving, Prescott, que escribiendo vidas sacaron del empeño narracion con calidad de historia propiamente dicha. Pero repárese que ninguno de estos consumados artistas ha sido narrador primitivo ó si decimos cronista coetáneo, como lo es Santibañez respecto de su admiradísimo caudillo Ballivian. Aquéllos han sido jueces que llegaron al tribunal tras de plena sustanciacion del proceso. Han decidido con una serenidad de espíritu que la interposicion de siglos entre los hechos i el fallo abona por completo.

Ballivian prestó a Bolivia un servicio eminente, servicio a la independencia nacional, servicio que luego al punto fué archirecompensado con toda suerte de predilecciones i con el mando supremo de la República seis años. Ese mismo mando que Ballivian codiciaba con sed rabiosa, i que ejerció dictatorialmente hasta cuando mas no pudo. Tres años mortales de obediencia absoluta, i cuidado con quejarse del salvador de la patria. Hoy no nos hallamos, pues, en el deber de una grata rehabilitacion patética adecuada a una apolojía. Estamos al respecto de aquel hombre público en la hora de la justicia, seca balanza en mano.

Pero Santibañez no lo ha entendido así. A banderas desplegadas se lanza a enaltecer la persona de Ballivian como hombre, como padre de familia, como ciudadano, como militar, como mandatario, como político, como patriota abnegado, como

gran servidor del bienestar i prosperidad de Bolivia. I todo esto o casi todo esto en primer plano, a la luz de un foco eléctrico, sin mayores atenuaciones de perspectiva ni toques de sombra, sin nada que no sea la admiracion mas inconsiderada de aquel mandatario, i tal como si se intentase que la casi extinguida leyenda vulgarísima sobre su persona, lozanamente reviviera. Nada raro es por eso que en esta narracion se den entrada a casos, dichos i anécdotas que no constan sino de la tradicion oral recojida por Santibañez cuando ha sido favorable a su héroe.

Conocido es el respeto supersticioso de que se siente poseida la pluma del historiador Paz-Soldan a presencia de los grandes-mariscales del Perú. No siempre es el prurito de enaltecer por este medio a su adorada patria cueste lo que cueste a la moral política i a la moral histórica. En el escenario, por entre los pliegues de esos uniformes de oro i colores, no se le alcanza prosa neta ninguna, vulgar, aspirante, dañina i comilona. Momentos hai en que de veras gravita sobre la imaginacion del hombre la majestad de aquellos jeneralísimos.

Esto mismo pasa al señor José María Santibañez con la figura histórica del jeneral José Ballivian. Fuerza i materia, dicen hoy ciertos positivistas; i está fascinado por la materialidad de esta fuerza humana desplegada en notoria carrera pública. No vislumbra dónde estuvieron ni cómo quedaron mientras tanto esas otras enerjías del espíritu que sirven para la dignidad del carácter i para la dignidad de la historia. El ímpetu, éxito, brillo y poder del compatriota, deslumbrando al escritor boliviano, le han ocultado el fondo ético de toda esta fisiología i psicología en palmario movimiento. No ha podido comprender, que si la febril actividad del culminante individuo se contrajo por entero a la cosa pública, algun sentido experimental ese afan i teson han de tener hoy para la enseñanza de un pueblo, que, ciertamente, con ser tan nuevo ha errado ya en demasía por sí no ménos que por causa de sus próceres.

Esta ausencia de pulsacion interna i alcance trascendente es jeneral en la narrativa que me ocupa. Es narrativa por otra parte hábil, a tajo abierto enderezada a recibir sus naturales afluencias, claramente correntía i que en suspension lleva suma no escasa de noticias interesantes. Clara he dicho; mas con cla-

ridad sin proyecciones luminosas, claridad que no alumbra a distancia ninguna el camino i no digamos el horizonte boliviano.

Ballivian como gobernante i Ballivian como militar son los puntos jenerales mas elevados del asunto, i son tambien los que mayormente inspiran el entusiasmo i sostienen el aliento del escritor. Son asimismo los que me ponen la pluma en la mano, para brevissimas notas acerca de un libro que solo estos dias he podido obtener. No sabria negarlo. El último punto de vista, el del militar, de alto coturno según Santibañez, me causa sorpresa i casi puedo decir indignacion. Quiero citar sueltamente unos cuantos hechos o confesados o incontrovertibles.

Del relato de dicho autor resulta que su héroe se inició de once años en la carrera de las armas. Complicado desde entónces mismo en conspiraciones i deserciones de cuartel, sirvió durante la guerra de la independencia unos seis años pésimamente ya a uno i ya a otro bando. Tambien aparece que en el campo realista llegó a merecer la horca. Consecuencia de todo fué su retiro absoluto ámpliamente forzado i voluntario. La gran campaña patriota de Junin i Ayacucho le encontró tiempo há recojido en su casa.

La paz hecha, hecha la nueva patria, el jóven volvió al servicio de las armas en el ejército nacional. Los ascensos corrieron entónces a la par de sus años, no se sabe con cuáles merecimientos. Era de familia rica i linajuda. De lo que acerca de sus inocedades cuenta el biógrafo se deduce claramente que apenas sabria leer i escribir. Su ortografía fué desastrosa toda la vida.

Es mui conocido el motin del 31 de Diciembre de 1828, que destituyó a los cinco dias de su posesion en el mando, por eleccion parlamentaria lejítima o nó, al presidente Blanco en Chuquisaca. A presencia de la Asamblea Convencional Ballivian, el jóven teniente-coronel de veintitres años, fué el ejecutor principal de esta conjuracion pretóriana, primera i la mas siniestra que se ha consumado en la República. Él fué quien voló al vecino pueblo de Yamparaez a sublevar el cuerpo en que habia enseñado pocos dias ántes como uno de sus jefes la disciplina; él en persona fué quien lo trajo a la ciudad ya desmoralizado, i con él cayó sobre el palacio i puso mano violenta sobre la persona del Presidente.

También es mui sabido que este último fué al dia siguiente sumido en el calabozo de un cuartel por el jefe del motin coronel Armaza. Seguidamente, a media noche, con mano oculta i cobarde fué allí asesinado. Ballivian estuvo en todos esos momentos a las órdenes de aquel jefe. En pie i armado dentro del mismo cuartel estaba cuando se consumó el crimen a oscuras.

En Bolivia nadie se echa en cara motines pasados. Este de marras le fué enrostrado con baldon a Ballivian hasta el fin de sus dias. Han escrito sus enemigos que manchó entónces horrosamente su espada. Nó, Ballivian no asesinó. Así aparece de documentos fehacientes. Pero, así i todo, la calumnia era mortificante i merecida. Si esa noche no pudo estorbar que entre militares de graduacion se asesinara cobardemente, al otro dia el jefe bien nacido i caballero, de alta escuela como quieren decir, pudo, como a su honor cumplia, haber vuelto la espalda al presunto asesino. Mui léjos de eso. Ballivian siguió militar i políticamente mancomunado con Armaza, el sujeto mismo en quien él ha hecho despues recaer por la prensa presunciones vehementísimas de ser el autor del crimen.

El golpe de cuartel que en aquella vez, causa de tener sólida base de opinion, obró con facilidad una mudanza política profunda, tuvo tambien las consecuencias de un desagravio de la conciencia pública i de la dignidad nacional. Esto no obstante, para cohonestar las circunstancias escandalosas del atentado i los móviles personalísimos de su indisciplina — acababa de ser separado por Blanco del mando del batallon — se consideró Ballivian en el caso de publicar un folleto, de la calidad pretoriana mas alarmante a las instituciones civiles que allá se conoce. ¡Folletista político un jefe de batallon! Ballivian fué uno de los primeros en dar este ejemplo en Bolivia.

Velasco en el sur i Ballivian en el norte, autoridades militares del protector Santa Cruz, sublevaron por Febrero de 1839 las tropas de su mando en Bolivia para encabezar el movimiento jeneral de la Restauracion. Este movimiento revocó sus poderes a aquel mandatario cubriéndole de feroces anatemas cuanto hasta entónces de sumisos homenajes. Velasco i Ballivian. Hé aquí dos ejemplos culminantes de disciplina en campaña para edificacion de soldados i oficiales. No se retiraron esos jefes, nó,

a buscar desde sus casas amparo en la historia civil contra el oprobio de la historia militar. ¡Retirarse! Eso sí que nó. Aspiraban presurosos a recoger la herencia boliviana de su jefe el Protector. Los vecindarios aclamaban con ardimiento unánime al jeneral Velasco. Las actas populares de tres departamentos asignaron, al lado de este nuevo caudillo, la vice-presidencia de la República a Ballivian. Quedaba por el hecho ascendido éste, de jeneral de division, a caudillo pretoriano.

A nadie tanto como a dicho individuo correspondia no figurar entre los demoleedores furiosos de 1839 en Bolivia i el Perú. Prescindiendo de la disciplina, lei inflexible i sagrada que en la milicia obliga a morir o a ceder i nunca a traicionar, motivos no tanto políticos cuanto morales se lo estorbaban con imponente decoro a Ballivian. Habia sido confidente de las ideas mas ocultas de Santa Cruz; habíale éste hecho grandes favores públicos i privados; debíale el corazon i la familia afectos nunca desmentidos; era padrino de Ballivian; le habia elevado en la carrera desde capitán hasta el grado de jeneral de division. Pues bien: Ballivian, ya caido Santa Cruz, no se contentó con haber renegado de su fe política i militar. En el célebre folleto, *Al Soberano Congreso de la Nacion*, año de 1839, se desató en impropiedades contra el gobierno i aun contra el carácter personal del Protector. En sociedad con atmósfera bastante para conducir en sus ondas, de conciencia en conciencia, sonidos que hundan, «¡miserable!» habria exclamado Santa Cruz, i al punto la moral pública i la privada hubieran quedado juntamente satisfechas.

No digo que Ballivian, como comandante jeneral de armas de La Paz, Oruro, Tacna i Puno, cargo de toda confianza que obtenia de su paternal amigo el jefe de la Confederacion, hubiese resistido a viva fuerza el movimiento jeneral de los pueblos contra ese orden de cosas. Pero sostengo que, en esa ocasion, su conducta personal estaba trazada a su honra por antecedentes mui calificados del orden moral i político. Entretanto, pruebas inequívocas hai, doloroso es decirlo, de que no tuvo entónces comprension mínima de sus dobles deberes para con la patria i con el amigo i correligionario. Habia sido uno de los autores directos de esa Confederacion; estaba entre los vence-

dores en las campañas de 1835 i 1836 que la habian fundado; constantemente estuvo en servicio junto a Santa Cruz en el Perú casi hasta fines de 1838; por causas, que Santibañez explica en el sentido siempre de la mas constante adhesión al Protector, tuvo entónces que venir a Bolivia i quedar gravemente enfermo en La Paz. Todavía mas: convalecido de sus males, ofreció sus servicios a última hora para la campaña del Norte; i mes i dias ántes de Yungai Santa Cruz le escribia, segun copia Santibañez: "Agradezco sus deseos de venir a este ejército; pero, considerando de mas importancia la seguridad del Sur, no lo llamaré a usted ciertamente, i por el contrario, reforzaré en cuanto pueda el Ejército del Centro, i yo mismo me trasladaré allá tan pronto como pueda."

Dos jenerales muí caracterizados, mas sin los vínculos íntimos que ligaban a Ballivian con Santa Cruz, aceptaron la desgracia i supieron en Bolivia caer junto con su jefe i amigo: Brawn i O'Connor. Sus apellidos estan diciendo que no eran de casta alto-peruana. Ballivian no habia tenido otra escuela que la de Santa Cruz mismo; sus medallas todas no eran sino las de las jornadas federales de Yanacocha, Uchumayu i Socabaya. Estos otros eran soldados de la escuela de Bolívar i de Sucre; habian ganado las suyas en la guerra de la independencia.

El historiador del jeneral Ballivian asegura que este último, sabida la batalla de Yungai en La Paz, corrió al sur del Perú a salvar allí de la desmoralizacion consiguiente a aquella derrota los cuerpos del ejército boliviano. Dicho jeneral se ha encargado en esta parte de contradecir categóricamente a su futuro biógrafo. En el ya referido folleto—a manera de mensaje presidencial se tomó la licencia de enviarlo al Congreso en Junio—Ballivian declara que, conforme a un peligrosísimo plan de conspiracion concertado por él mucho ántes de Yungai, corrió al Perú a encabezar con esa fuerza del Ejército del Centro—base este último de la reserva de Santa Cruz—una sublevacion contra la autoridad funesta i detestada de este mandatario. Así la califica. Por lo demas, es cosa establecida por cien testimonios que Ballivian corrió allá a sublevar, i sublevó.

Sublevó los cuerpos bolivianos i cooperó a la sublevacion de



los cuerpos del Perú. El Ejército del Centro quedó disuelto. Si así se quisiera, no tendría inconveniente en repetir aquí que el listo i abnegadísimo guardian de la moral militar no sublevó sino «salvó» esos cuerpos bolivianos. Salvos, en efecto, se los trajo volando a La Paz. Calla Santibañez que su héroe intentó, apoyado en ellos, atajar o desviar en Bolivia el movimiento popular de la Restauracion. Veía que, así en La Paz como en otras partes, ese movimiento llevaba tendencias nacionales sin provecho para su devoradora sed del mando supremo.

Reunióse el Congreso Constituyente. Desestimó este alto cuerpo, como era regular, la inútil i provisional vice-presidencia por tres departamentos i el pretencioso mensaje de Ballivian. De este documento declamatorio, lleno de turbulencia personalista i localista, constan los torcidos i liberticidas manejos de su autor (1).

Santa Cruz ha podido decir mas tarde con justicia, que la revolucion del sur de Bolivia que encabezó Velasco hubiera sido nada sin la de Ballivian en La Paz i Puno. Tambien ha dicho, i en esta parte ha sido confirmado por los historiadores, que la disolucion del Ejército del Centro, desastre que Ballivian acudió a producir en territorio peruano, tornó en batalla definitiva la de Yungai; siendo asi que ésta, mediante la resistencia del Protector en el Sur, no hubiera venido a ser en realidad para el ejército chileno sino el comienzo de nueva i mas peligrosa campaña por el interior del país. Pero había de ser el adepto preferido,

(1) Pueden consultarse, ademas, para el pleno conocimiento de causa:

1.º De *El Investigador*, semanario de La Paz, los números 2 (Setiembre 19), 3 (Setiembre 26), 4 (Octubre 3), 6 (Octubre 17), extraordinario del 28 de Octubre, i números 10 (Noviembre 14) i 11 (Noviembre 18), todos del año 1839;

2.º De *La Bandera Bicolor*, de Arequipa, los números 5 (Marzo 26) i 6 (Marzo 30), ámbos del año 1839;

3.º El número 2 (Abril 6) de *La Tribuna*, de La Paz, i el número 5 (Abril 10) de *El Duende*, tambien de La Paz, i ámbos periódicos del año 1839;

4.º Los números 14 (Agosto 1.º), 25 (Octubre 17), 26 (Octubre 24) i 27 (Octubre 31) de *El Restaurador*, de Sucre, tomo I, año 1839;

5.º El folleto de Ballivian en Tacna el año 1840 intitulado *A mis Compatriotas*.

el cooperador hasta la última hora, quien asestara a la Confederación el golpe postrero i mortal.

Uno de los mayores escándalos del militarismo de aquellos tiempos fué la sublevación del domingo 7 de Julio de 1839. Sucedió que el jeneral Ballivian, a poco de haber, como empleado público, acátado en escritos impresos i documentos oficiales la autoridad soberana del Congreso Constituyente reunido en Chuquisaca, se alzaba en La Paz proclamándose, a la cabeza de algunas fuerzas regulares de su mando, Jefe Supremo de la República. Esto hizo tan pronto como viera que no él sino Velasco habiade ser el electo constitucionalmente para la primera magistratura. Fué aquello tan inopinado i tan a secas, que el intento, suficiente de suyo para caracterizar el sensorio no ménos que el cacúmen del individuo, pereció en el vacío formado en torno por el estupor de la sociedad. En obra de breves dias Ballivian se vió abandonado de sus soldados. Fugó al Perú corrido ménos por el ceño que por las espaldas de la opinion pública. Allá pasó por el rubor de que esa prensa extranjera le dijese con una malicia inocentona digna de Lafontaine: «Ciertamente, señor Ballivian, su revolucioncita de usted ha sido tan corta, que no alcanza a darnos en el gusto de historiarla.»

En efecto, habia durado solo quince dias.

Con Armaza i Ballivian a la cabeza el pretorianismo habia iniciado, el año 1828, su oficio de quitar i poner presidentes en la República. En 1839 vemos que el sistema da su primer paso en la via del progreso. Poca cosa el quitar i poner a otros. Lo grande está en que el jefe de los jenizaros se ponga a sí mismo. Sino que la nacion favorecida no estaba entónces a la altura de tamaño adelanto. Eso no obsta para que ahora, en nuestros dias, nos presenten a ese jefe como el prototipo nacional en la carrera de las armas. Tiene, con efecto, Ballivian en Bolivia la gloria de haber sido el primero en emplear cruda, adentro de un cuartel, la famosa fórmula, ultraje de la moral militar i de las instituciones civiles: «Asumo el mando supremo de la República.»

Conviene el biógrafo de Ballivian en dos cosas: 1.ª Desde el exterior este dechado de la boliviana milicia no descansó ya mas en su inexorable tarea de conspirar contra el orden cons

titucional de su país; 2.<sup>a</sup> Conspiraba conforme a su método único, el de trabajar en corromper la moral del ejército, provocando en sus diversos cuerpos motines o sublevaciones que lo proclamaran Presidente de la República. La labor de Ballivian duró dos años i meses. Uno de sus frutos fué la sublevación, el 24 de Noviembre de 1840, en Oruro, de un cuerpo veterano que, en union con otros dos mas, debía entronizar a Ballivian en el mando supremo. Pero el mal fué atajado a tiempo. Hubo muertos, saqueos i patíbulos. Entraba en el plan, segun consta del proceso, el asesinato del presidente Velasco a su paso por Poopó.

El pretorianismo, como ya puede advertirse, ha seguido progresando en Bolivia al impulso de Ballivian. La diminuta i empleomaníaca faccion para derribar a Sucre, que habian promovido Gamarra i dirigido Olañeta en 1828, se alzó, apellidando independencia nacional del gobierno, con esta enseña: "Afuera los extranjeros i abajo la vitalicia." Aunque inoficiosa, perjudicial i contraproducente, era al cabo un programa político está enseña, un motivo verosímil de estravío por amor a la causa pública, un principio concreto mas o ménos discutible para cohonestar ya que no justificar el atentado. Pero los motines de Ballivian en 1839 i 1840 no tienen mas liga civil que el concurso de su parentela i de unos cuantos parciales suyos de La Paz. El de 1840 ni esto siquiera. Son golpes secos de cuartel. Por bandera política han hecho valer disparos de fusil i vivas al caudillo. Nada mas neto, ni mas soldadesco, ni mas brutal. Una vez ya vencido el motin, Ballivian ha estallado en el exterior con gritos feroces de despecho, acriminaciones de tiranía i cargos jenéricos por agravios a su persona. Entónces i solo entónces ha venido a saberse que su prospecto consistia en excelentes i potrióticas miras, en protestas de ninguna ambicion, i en otros sarcasmos aun mas desvergonzados todavia a las instituciones civiles i al órden legal.

Es cosa digna de verse lo que en esos i otros escritos del caudillo militar se ve. La salvacion de la República, con mas una buena dosis de felicidad para todos los bolivianos, converjiendo integra a su individuo e irradiando asimismo integra de su yo.

Todos saben que a mesa puesta el derrotado de Yanacocha se benefició con la victoria chilena de Yungai, primeramente en establecer su dominación soldadesca en el Perú, seguidamente en sembrar otra vez la anarquía en Bolivia; anarquía sería ésta con que de nuevo hacer en aquélla sin riesgo otro paseo militar como el de 1828, sea para sujetarla a su dominio, como creen algunos, sea tan sólo para vejarla por desquite poniéndola una vez más un gobierno de su amaño. Lo cierto es que los años 1839, 1840 i 1841 fueron i son todavía la época del mayor desasosiego indecible de aquel desventurado país, así por la doble conspiración subterránea de los dos antagonistas del gobierno popular i legítimo de Velasco que eran Santa Cruz i Ballivián, como por el alarma incesante i gastos ruinosos que causaban la hostilidad i amagos bélicos de Gamarra.

Pesan con este motivo sobre la memoria de Ballivián, no ciertamente sobre la de Santa Cruz, dos cargos gravísimos: en 1840, de haber mantenido relaciones de traidora índole con los jefes del Perú que odiaban de muerte i amenazaban con un fronterizo ejército a Bolivia; en 1841, de haberse ido al cuartel jeneral del enemigo en campaña, a traer se puede decir de la mano la invasión, con la esperanza i promesas de vencer con su ayuda en Bolivia a sus enemigos i de usurpar la presidencia de la República.

En el fragor de la polémica Santa Cruz ha escrito de su ahijado: "Talvez me enajené su afección con mis buenos consejos para extinguir en su pecho su propensión al crimen." Este punto de las propensiones es delicado i muy tachable el testimonio del padrino en este caso. Pero propensión, i más que eso, gravitación fatal al crimen, se pusieron de manifiesto en las connivencias i tratos de Ballivián a que me he referido antes. Otro linaje de padrinzago vino en su socorro esta vez. No parece sino que una mano omnipotente i bienhechora, no digamos lo sujetara al borde del abismo, pues antes bien lo apartó lejos empujándole súbita al campo de una rehabilitación esclarecida.

Raro evento i consternador del ánimo. Porque sucedió que a punto mismo el ejército boliviano, ignorante de estos pasos culpables del emigrado, en mitad de la más deshecha anarquía,

contemplando ya casi encima de sus filas el ejército del Perú, proclamaba Presidente de la República a Ballivian con el concurso desesperado del partido restaurador i también del protectoral; i entónces el ambicioso enceguedido, horas o minutos ántes de quedar sin remedio a buen recaudo entre peruanos — habian sabido el suceso ántes que él, — voló a su patria a encabezar con gloria i escarmiento la defensa nacional. Por esta disposicion de la suerte el conspirador sin escrúpulo ni valla alcanzó por fin su anhelada presidencia, no por manos del invasor ni acaso tras un desastre de Bolivia, como lo andaba negociando, sino por la fuerza moral irresistible de una espléndida victoria en Ingavi.

Sea aquel mismo respeto reverencial de Paz-Soldan, pero no tan fantástico, ante los grandes-mariscales i otros que llama prohombres del Perú; sea que sin libertad y con miedo retrocedían a presencia de los nefandos antecedentes ya referidos, es lo cierto que, a pesar del constante rumor sordo de la tradicion, ninguno de los escritores o historiadores bolivianos ha intentado penetrar en el misterio de estas relaciones de Ballivian con el enemigo. Hablo, primeramente, de las connivencias con el jeneral en jefe del fronterizo ejército amenazador Juan Crisóstomo Torrico el año 1840. Me refiero, en segundo lugar, a los tratos con el jeneralísimo en campaña Gamarra, año 1841, días ántes de romper éste contra Bolivia las hostilidades sin declaratoria.

Respecto de lo primero, Ballivian, en su atolondramiento polemista, ha confesado su delito en el rarísimo folleto suyo publicado ese año en Tacna con el título *A mis Compatriotas*. Allí confiesa el ínclito patriarca del militarismo boliviano, que escribió al jeneral Torrico para declararse neutral en el conflicto a mano armada entre Bolivia i el Perú. Asegura allí que dejará hacer contra su patria al ejército peruano invasor i belijerante. Debemos entender que el caudillo emigrado no hablaba por su solo individuo, incapaz de hostilizar un ejército de 6,000 hombres. Hablaba indudablemente por sí i por toda la faccion ballivianista, cuyo asiento se estendia de La Paz a toda la frontera lindante con el enemigo. Sus palabras son éstas:

«Como boliviano, lo único que me tocaba hacer, i el solo ob-

jeto a que podía dirijirme, era propender a evitar la guerra contra mi patria, presentándose completamente prescindente desde que ésta llegase a verificarse; de lo contrario, cualquier injerencia; en tal caso, habría excitado contra mí el desprecio jeneral de todos los hombres, i me habria hecho indigno de la amistad del mismo jeneral Torrico, i de los peruanos todos.

Propendia a evitar la guerra contra la patria "presentándose completamente prescindente desde que ésta"—no la patria sino la guerra—"llegase a verificarse." ¡Curioso medio de evitar la guerra! La falsía i la depravación estan de manifesto. "De lo contrario", agrega... Pero ¿qué cosa era lo contrario para un militar de honor? ¿Cuál era para un boliviano la estrechidad opuesta a la neutralidad del dejar hacer al peruano contra Bolivia? ¿Cuál era ese caso contrario para él en particular, el caudillo de una faccion inicua que sembraba dentro de Bolivia la anarquía, esa anarquía de que tanto habia menester Gamarra para invadir?

Segun Ballivian, el caso contrario de su neutralidad no seria otro que el caso que dicho Ballivian se pasase a las filas de los invasores de Bolivia. I el escritor, como se ha visto, concluye que esta "injerencia" suya en las filas peruanas le hubiera sido altamente desventajosa, que le hubiera concitado el desprecio, etc., etc. Concluye tambien que esto mismo está demostrando que él no lo hubiera hecho ni se propuso hacer tal cosa por modo alguno.

Pero es la verdad que nadie le culpaba entónces, ni le culpó nunca, ni le culpará jamas por tan estúpido como suicida intento. ¡Sentar plaza en el ejército del Perú en campaña contra Bolivia! Ni entre los desaforados arranques que las intrigas de Ballivian en el exterior causaban en su patria se oyó jamas semejante aserto. En la prensa era culpado de manejos secretos para mover la invasion extranjera, ello a fin de servirse de las armas peruanas i de sus triunfos en la obra de usurpar él, adentro, el poder supremo de su pais.

Quería hacer ni mas ni ménos eso mismo, por mano del propio Gamarra, eso que habia reprobado bien i que habia vengado indebidamente en la persona de Blanco el año 1828.

¿Cuál era el proceder diametralmente contrario á esa neutra-

lidad traidora que Ballivian protestaba observar si el peruano rompía las hostilidades? Esa estremidad opuesta se presentaba imperativa i categórica desde el primer instante del peligro a cualquier corazon bien puesto, máxime si este corazon boliviano alentaba bajo un uniforme de soldado de mui alta clase: correr sumiso a las filas de su patria para defenderla. Pero está visto que de ese renunciamiento era incapaz Ballivian el conspirador. El ejemplo lo dió el presidente lejítimo Velasco. Reconociendo lo hecho por la parte del ejército que habia proclamado a Ballivian, envió á éste sin pérdida de tiempo la division de su mando a fin de que engrosara las filas de la defensa nacional.

En cuanto a los arreglos de última hora en Puno el año 1841 con Gamarra para que invadiera de una vez, Menendez, el presidente del Consejo de Estado en ejercicio del Poder Ejecutivo del Perú aquel año, dice en su manifiesto de Lima en 1845 esto que sigue sobre el convenio con Ballivian:

«Con un grito repentino de guerra! contestó el jeneral Ballivian a esa amistad que sólo le exijia el cumplimiento de sus justos e inevitables compromisos, i guerra! hubo de contestar el Presidente para salvar el honor de su patria i la existencia de su ejército, comprometido a defenderse. La guerra fué inevitable, precipitada i del momento...»

Gamarra mismo, al día siguiente de la invasion. (Octubre 6), por conducto de su secretario jeneral i tratando de justificar el movimiento de su ejército, dijo a Ballivian, ya a la cabeza del ejército boliviano i que pedía que aquel jeneralísimo desistiese de su propósito:

«Se hallaba ya principiada la campaña cuando se obró en Bolivia el pronunciamiento en favor del Excmo. Señor Jeneral Ballivian: las circunstancias en que se ha hecho descubren su verdadero objeto; i este mismo señor jeneral, conociendo el verdadero estado de las cosas, convino con S. E. en Puno, en que marchase el ejército peruano sobre Bolivia, por lo que al pisar su territorio ha encontrado al teniente-coronel Borja, encargado de proporcionarle, como lo ha hecho, víveres, forraje i alguna movilidad. Este hecho público es un apoyo de lo que espongo.»

Debió de ser tan público i tan concluyente, que, en el despacho del otro día, el secretario jeneral de Ballivian rebate punto por punto los asertos i motivos de Gamarra para seguir adelante invadiendo el territorio, i guarda un profundo silencio sobre el hecho incisivamente personalísimo del convenio de Puno, no ménos que sobre la característica circunstancia-ejecutiva relacionada con el teniente-coronel Borja. Igual silencio guardó Ballivian durante sus días. Ese mismo observa ahora su panejirista Santibañez. Luego es un hecho (1).

Debemos considerar como cosa fuera de duda, miéntras no se presente prueba mejor en contrario, que aun despues de proclamado Presidente de Bolivia por el ejército, Ballivian estipuló i puso en ejecucion la entrada del enemigo en su patria. Juzgaba por el suyo el corazon de sus compatriotas. Creyó posible en tales momentos para la patria una nueva sublevacion anárquica en favor de Santa Cruz. Con el apoyo de las armas peruanas queria prevenir esta infidelidad del ejército boliviano contra su persona. Quien quiere lo antecedente quiere tambien lo consecuyente; i no hai temeridad en suponer, vista la temeridad de Ballivian, que este hombre aceptaba que un triunfo de aquellas armas le dejase, en caso necesario, en posesion segura de su codiciada presidencia. Pero una vez en Bolivia i ya bien enterado de la actitud no solo del ejército sino tambien de la nacion, volvió sobre sus pasos i entónces reclamó la inviolabilidad del territorio e hizo frente a Gamarra.

Para convencerse de todo esto no hai sino leer las primeras hojas de la *Campaña de 40 Dias*, publicada por Ballivian, i caer

(1) En el folleto *Campaña de 40 Dias*, impreso el año 1842 en La Paz i reimpresso en Valparaiso, se publicó entre los demas documentos de la ocasion una respuesta de Ballivian el 8 de octubre a una carta de Gamarra del 7. Allí recuerda el primero al segundo que sus sentimientos, al saber que habia sido proclamado en Bolivia, variaron en otra inmediata conferencia habida con el jeneralísimo en Puno, bien que no los de éste en cuanto a persistir en entrar con su ejército en Bolivia. De nada vale este aserto de Ballivian desde que, al publicar la copia de su respuesta, no ha hecho igual cosa con el original de la carta de Gamarra. Este vacío se nota a primera vista en el folleto citado. Entretanto, ahí está el hecho notorio del teniente-coronel Borja poniendo, de órden de Ballivian, puente de plata para que penetren en Bolivia los invasores.



en la cuenta de que en este cuaderno alto-peruano hacen falta lójicamente ciertas hojas que algúien ha querido que no se lean nunca.

No sin pena del corazón por respeto a la memoria para mí querida del ilustre hijo, recto primer magistrado de sanos principios i hermosa índole, he espuesto unos cuantos datos seguros para juzgar con calma del padre, protagonista tan insigne como aciago del militarismo pretoriano en Bolivia. Pero el patriotismo incorregible i sin escarmiento, mui léjos ya de los días ensordecidos por el entusiasmo de la victoria, pretende maravillado darnos ahora como perínclita una maestría que ofende a la justicia, i demas de esto provoca con nuevos aplausos nuevos peligros.

Bien sé que Bolivia se ha hecho a sí propia su militarismo estéril i desastroso. Bien sé que en su sociabilidad se han jenerado i en el medio ambiente de sus vecindarios se han criado casi todos los caudillos soldadescos. Pero ninguno como Ballivian de iniciativa personal más egoista i temprana; ninguno de espíritu orijinario mas temible, por prescindir tanto de la opinion para radicar sólo en el cuartel toda su fuerza; ninguno que con mayor desplante se haya presentado de los primeros a ultrajar la majestad de las leyes i la moral política. Bajo el predominio de su funesta escuela, cuya técnica profesional ha consistido despues en sublevarse o en pasarse, la República ha visto menoscabada la integridad de su territorio hasta por el Paraguai, hollado en el campo de batalla su pabellon, perdida enteramente su seguridad territorial no ménos que la independendencia internacional de su política.

Para que entre las resultas se junte a tantos desastres el sarcasmo, don José María Santibañez refiere que el jeneral Ballivian tenia, como designio de su gobernacion, hacer de Bolivia la Prusia de América.

Otras cosas mayores piensa el biógrafo sobre el militarismo guerrero de su héroe.

Ballivian para dicho autor no es solo un jefe de jefes que tuvo la fortuna de estar a la cabeza de los vencedores de Ingavi. No es un guerrero boliviano i nada mas que boliviano. Para el veheméntísimo biógrafo, aquél es un sol resplandeciente en el

horizonte marcial de Sud-América. Fué un gran capitán de nuestro continente, esto es, una potencia aljebraica de terceró o cuarto grado cuya raíz era Bolivia. Eso sí, confiesa que, capaz de présidir el ímpetu de soldados enfurecidos contra un invasor alevé i sin pretexto, no pudo sin embargo llevar a cabo la guerra ofensiva dentro de un territorio dilacerado por la anarquía. Ingavi sin sus inmediatas consecuencias. ¿Empresa temeraria superior a las fuerzas? Imposible i absurda juzgaban todos la campaña de Nueva Granada, que Bolívar no obstante coronó con la victoria a fuer de verdadero gran capitán.

Esto por lo que toca a la gloria militar. Para sacarle gloria civil a su héroe el libro que me ocupa no tiene que recurrir al álgebra. La incógnita se despeja mediante una simple adición. Según el relato de Santibañez, el general José Ballivian es uno de esos estadistas que con la labor de su individuo nos dan la medida de la actividad social. «La biografía de los grandes hombres es la historia de la patria.» Un epígrafe como éste, inscrito en el fróntis del libro, traduce, mas bien que la copia de largas pájinas, el concepto inaudito del autor acerca de la eficiencia política i administrativa de Ballivian en Bolivia.

Larga es la reseña que el biógrafo exhibe de las mejoras i reformas de especie vária que se decretaron durante el gobierno de su héroe. Incluye entre ellas las que se denominan instituciones i establecimientos. Toma en cuenta hasta la constitución política que se mandó hacer Ballivian, i que, caída con su dueño irresponsable, hoy con el apodo de «Ordenanza Militar» se la recuerda por esta singularidad: es la única que en compañía de la de Melgarejo nada ha traído para el desenvolvimiento positivo del derecho público boliviano.

«Casa sin cimiento, se la lleva el viento,» dice el adajo; i es lo que pasó con todos los arreglos i combinaciones progresistas que llevan la firma del presidente Ballivian. Exploraciones jeográficas, reforma social del Beni, colonización europea, navegación fluvial, panóptico, industrias rurales, metalurgistas franceses, máquinas azucareras, camellos, construcción de un palacio, oficina de estadística, vales, bonos, mesa topográfica, colonias militares, etc., etc., esta retahíla de excelentes intenciones sin nervio verificador, comparada con cada una de las retahílas que corres-

ponden a Belzu, a Linares i a Melgarejo, acaso establezca un exceso caligráfico en favor del estadista Ballivian. Por lo demas, el cotejo seria fácil apartando i contando los tomos respectivos de la *Coleccion Oficial de Leyes, Decretos i Ordenes*. Pero nada queda sobre el haz de la tierra boliviana. Todas esas creaciones nacieron muertas de la cabeza sin seso ni peso de Ballivian.

Sino que las juntas de propietarios, falsificacion cavilosa i torpe de las municipalidades, duraron no mas que el gobierno que habia sido autor del invento, cuando podian haber durado mucho mas si Ballivian, sobre estos cuadros, hubiera propendido, propietario como él era tambien, a la formacion autonómica de un partido conservador. Pero el acatadísimo Presidente hubo de sentir esa vez, segun es dable penetrar en este negocio, apenas la intuicion de la fugaz coyuntura precisa para ensayar el no empleomaníaco apoyo del gobierno; nunca la alteza de ánimo que se habia menester para cercenar, de su mando absoluto, el nervio que aquellas juntas requerian para su accion política i social. El decretador de ellas no tenia cerebro ni corazón para emprender esta clase de trabajos. Si Ballivian hubiera siquiera echado los cimientos de aquella grande obra de contrapeso o resistencia al militarismo i a la demagogia, entonces sí, no temo equivocarme, su memoria gozaria de renombre en América i de estatua inmortal entre sus compatriotas.

Los códigos redactados bajo los auspicios de este otro Justiniano de Bolivia—¿por qué habia de ser ménos él que Santa Cruz?—resultaron malos i murieron para siempre. Ménos el Código Militar, pésimo, mal traducido i peor entreverado, como todos saben. Pero dura todavía. Tambien duran otros códigos de Santa Cruz, de Belzu, de Linares i hasta de Daza, ménos por haber sido adaptaciones sábias que por adopcion urgente o novelera. Que dure el de Ballivian cuanto quiera así como se está. Es i ha sido bagatela sin pro disciplinaria contra el motin pretoriano. De esta suerte seguirá correspondiendo bien a la escuela soldadesca de su promulgador; no ménos que a la institucion de los militares quitadores i ponedores de presidentes, que afanzada dejó en Bolivia aquel prototipo eximio, segun Santibañez, del ardimento marcial.

No conozco sino dos establecimientos de la época de Ballivian

ponden a Belzu, a Linares i a Melgarejo, acaso establezca un exceso caligráfico en favor del estadista Ballivian. Por lo demas, el cotejo seria fácil apartando i contando los tomos respectivos de la *Coleccion Oficial de Leyes, Decretos i Ordenes*. Pero nada queda sobre el haz de la tierra boliviana. Todas esas creaciones nacieron muertas de la cabeza sin seso ni peso de Ballivian.

Sino que las juntas de propietarios, falsificacion cavilosa i torpe de las municipalidades, duraron no mas que el gobierno que habia sido autor del invento, cuando podian haber durado mucho mas si Ballivian, sobre estos cuadros, hubiera propendido, propietario como él era tambien, a la formacion autonómica de un partido conservador. Pero el acatadísimo Presidente hubo de sentir esa vez, segun es dable penetrar en este negocio, apenas la intuicion de la fugaz coyuntura precisa para ensayar el no empleomaníaco apoyo del gobierno; nunca la alteza de ánimo que se habia menester para cercenar, de su mando absoluto, el nervio que aquellas juntas requerian para su accion política i social. El decretador de ellas no tenia cerebro ni corazón para emprender esta clase de trabajos. Si Ballivian hubiera siquiera echado los cimientos de aquella grandé obra de contrapeño o resistencia al militarismo i a la demagogia, entónces sí, no temo equivocarme, su memoria gozaria de renombre en América i de estatua inmortal entre sus compatriotas.

Los códigos redactados bajo los auspicios de este otro Justiniano de Bolivia—¿por qué habia de ser ménos él que Santa Cruz?—resultaron malos i murieron para siempre. Ménos el Código Militar, pésimo, mal traducido i peor entreverado, como todos saben. Pero dura todavía. Tambien duran otros códigos de Santa Cruz, de Belzu, de Linares i hasta de Daza, ménos por haber sido adaptaciones sábias que por adopcion urjente o novelera. Que dure el de Ballivian cuanto quiera así como se está. Es i ha sido bagatela sin pro disciplinaria contra el motin pretoriano. De esta suerte seguirá correspondiendo bien a la escuela soldadesca de su promulgador, no ménos que a la institucion de los militares quitadores i ponedores de presidentes, que afanzada dejó en Bolivia aquel prototipo eximio, segun Santibañez, del ardimento marcial.

No conozco sino dos establecimientos de la época de Ballivian

que hayan echado raíces en el terreno: la corte de alzas de Potosí i el obispado de Cochabamba. Pero todos los bolivianos saben si Ballivian ni sus secretarios escogieron el terreno i cimentaron con su inventiva esos edificios sólidos.

Nadie allá ignora que desde tiempos del rei, en vez de escuelas i caminos, los de Cochabamba venian clamando por obispo con hartos canónigos i buenos cantores. Rentas para el sosten habia, i las mostraron en el Congreso con una evidencia a que no pudo resistir mas tarde el Papa. Como es obvio, la parte institucional de la ereccion es trabajo i autoridad de la cancillería apostólica.

La corte de Potosí proveyó a una de esas necesidades colectivas evidentes que el poder público, conforme a su oficio ordinario, está obligado a satisfacer. Demas de esto, fué medio de esquivar antipatías en una ciudad importante que pedia esa corte. Así i todo, se hubiera ésta quedado escrita en el papel, como las ciudades del Jaurú i del Mamoré mandadas edificar por el gobierno de Ballivian, si el departamento de Potosí no hubiera con sus medios ordinarios tenido hasta hoy dinero con qué subvenir a este servicio. Los ministros de Ballivian no tuvieron a este respecto que arbitrar absolutamente nada; mucho ménos ilustraron al Congreso con antecedentes ni estudios demográficos o estadísticos de ninguna especie. Las autoridades locales y diputados de Potosí con su celo i amor provincialistas lo hicieron parlamentariamente todo. Ballivian escribió el "ejecútese."

Creo que de resultas estuvo años bajo el dosel, en la sala de esa corte; el retrato de dicho presidente con uniforme de jeneral ingles de guarnicion en la India: casaca blanca con peto i vueltas coloradas; calzones amarillos i botas granaderas, sombrero verde bicornio con escarapelon i un gran plumero tricolor en la cima; todo ello bordado de oro ménos las botas i el plumero. Eran las insignias presidenciales, entre otras de capitán jeneral, banda tricolor, medalla de Bolívar, espada con empuñadura de diamantes, baston de marfil con puño i borlas de oro, etc., etc. El retrato que adorna el presente volúmen da una idea de esta curiosa figura, con que Ballivian se pavoneaba en Bolivia para maravilla de la muchedumbre veneradora del militarismo.

Santibañez hace valer la corte superior de Potosí i el obispado de Cochabamba como fundaciones que realzan la administración de Ballivian.

Laudable fué el interes de este mandatario para sacar de su mortal encierro a su patria. El biógrafo insiste sobre este punto. Pero, si aquél no pudo o no supo realizar al respecto sus miras, no veo por qué sus tentativas frustráneas se contarían como títulos de superioridad respecto de otros presidentes de Bolivia: No haciendo estos últimos nada por ese mismo camino, es lo cierto que tampoco dieron, con igual o mayor insuficiencia que Ballivian, el ejemplo de haber errado a costa del fisco lastimosamente.

Guiados por la movilidad barata de decretar con vertical aplomo, que tienen allá los doctores ministros, los militares presidentes han caído en erronas i quedado en descubiertos mas ó ménos ridículos. Concedo que a ninguno se le dió nunca nada de esto. Pero desafío a que se me presente otro caso comparable al del gobierno de Ballivian, cuando su reputado ministro Manuel de la Cruz Mendez suprimió la gramática castellana en los colejos de segunda enseñanza, i ello por las razones que espresa i ponen en claro la supina ignorancia de ámbos signatarios de esa órden, presidente i ministro.

Pasos infructuosos para arreglar los límites, para la adquisición de Pisagua, para rehuir la coyunda aduanera del Perú, para detener la zapa de las internas pasiones desorganizadoras, la suma de impotencias políticas i administrativas de este gobierno, menor no es ni mas excusable que la de ninguno de los otros gobiernos posteriores del país. Lo por él proveído o providenciado para vivir, sostenerse, llenar los objetos esenciales del gobierno i que se refieren a la paz, justicia i moral de la sociedad, no lleva sello ninguno que lo aparte de la vulgar rutina propia del sentido comun leguleyo o de la astucia alto-peruana. En cuanto a hacer cosas buenas que queden, la historia no tiene nada que tomarle en cuenta. Santibañez no ha citado título alguno positivo por donde pudiera hoi distinguirse la administración del mui prestigioso, mui obedecido i mui terriblemente temido jefe de los vencedores de Ingavi.

¿Esterilidad del terreno o ausencia de plantadores? Plantifi-

cadores es lo que de seguro ha faltado constantemente en Bolivia.

Plantadores sobran. Porque ha sucedido a veces allá que ingenieros agrícolas—démosles este nombre por el oficio ya que no por los estudios facultativos,—compitiendo, arasen en un mismo surco. Si Frias, por ejemplo, en tiempo de Ballivian organizó la enseñanza pública con cierta consistencia que resistió al embate desquiciador unos veinte años, ¿quién, después, en materia todavía sin cartílagos ni huesos, no se ha considerado apto allá para amasarla hasta volverla harina, quién? Hasta el desgobierno de Melgarejo que la dictó majistralmente un estatuto. Los *modus vivendi* de Fernandez i de Aguirre, verbigracia, ¿a cuál administracion ulterior han servido de norma que valiera como recurso o como cautela de las rentas, ni qué hacendista del Estado respetó jamas esos expedientes i arbitrios, si no se avenian con nuevas i nuevas rutinas? Otro ejemplo: el gobierno de Ballivian, para no ir a la zaga del de Santa Cruz, se encaró al árduo problema de los trajes i ceremonias de las asistencias públicas; pero hai que convenir que en materia tan vital i alto peruana se han disputado la gloria reglamentística Belzu, Linares, Melgarejo i últimamente Baptista.

He nombrado a Frias, al ilustre Frias. Todos en Bolivia saben que por si solo, fuera de la éjida de Ballivian, mérced a la rectitud de su carácter republicano, después de haber contribuido a fundar duraderamente un partido constitucional, el presidente Frias, conforme a una idea concreta suya que mas parecía tema, ensayó con éxito el principio de que la realizacion del gobierno estribar debe en Bolivia, como norma del mandatario supremo, en la nivelacion positiva i en la observancia inexorable del presupuesto. ¿Han tomado allá el peso i el alcance a este objetivo primordial los ministros i presidentes decretadores? Cualquiera que medite un rato verá que el objetivo resuelve dificultades enormes; afronta con entereza intachable otras; mantiene el fiel de la moral en la administracion, señala en homenaje al legislativo su puesto al mandatario por sobre encima de todos los partidos.

Hé aquí un hermoso ejemplo que no será perdido, no, entre otros de aquel majistrado. Es una semilla que prenderá al am-

paro de la trasmisión legal del mando supremo. Será de una influencia decisiva para el advenimiento en Bolivia de presidentes sin instintos ni mañas que bastardeen desde lo alto cualquier régimen constitucional.

No quiero de propósito tratar aquí de los instintos i mañas personales de Ballivian, ni de la manera arbitraria i despótica con que ejerció, por causa de esas deformidades de la naturaleza i de la educación, un mando supremo que otras causas hacían mayormente irresponsable i sin contrapeso. Calla el autor de la *Vida* los hechos que ponen en evidencia este aspecto moral de su héroe. Sea en buen hora. Volquemos esta hoja funesta, ya que aquí me ocupo a la lijera en rebatir ante todo asertos afirmativos. Pero advertiré que el caso omiso es en esta parte tan notable en el libro, que por ello la caída de aquel temible poder militar queda sin explicación para los lectores; siendo punto ménos que ridículo el párrafo inicial del capítulo X, párrafo contraído a señalar las causas irresistibles de esa caída.

He leído todo ese período de la prensa i folletería bolivianas que puede denominarse la execratoria de Ballivian. Prensa alzada o triunfante, se entiende; porque Ballivian en el poder no habría tolerado prensa ni tribuna opositoras. Los congresos de Ballivian figuran entre los mas serviles de Bolivia. Descartados de aquellas manifestaciones vehementísimas el espíritu demagógico, la violencia de desagrazios personales, los cargos comunes a otros mandatarios, las inculpaciones vagas i las calumnias de uso en tales casos, considero estar en la verdad sosteniendo esto que sigue: Ballivian fatigó, cargó, hastió, exasperó a la opinión jeneral. El prestigioso i predilectísimo jefe de los vencedores de Ingavi se hizo insoportable a sus compatriotas. Ballivian cayó en la plenitud de su pujanza militar ¡quién lo creyera! de puro antipático. El mismo se persuadió entonces de que ya no podían aguantarlo mas i entregó su ejército. Después en sus cartas de conspirador — porque Ballivian tornó al tristísimo oficio con que ya una vez habia puesto a dos dedos de su ruina a su pobre país — tenia igual certidumbre sobre la animadversión irrevocable que inspiraba su persona, i prometia que en triunfando dejaria presto el poder.

Hasta los pacatos, los tímidos i los egoistas, revueltos de



ánimo ellos tambien, se alzaron contra Ballivian con la certeza, a la verdad fundadísima, de que Ballivian, una vez cumplido su periodo, seria capaz de atropellar todo miramiento a trueque de seguir mandando.

Ciertamente, el caso de este popular impulso, malhumorado hasta el furor, es mui curioso en la historia de nuestras democracias no nada aptas para juzgar de sus hombres i sus cosas. Es por eso mismo tambien un caso mui ejemplar. Estudien otros las causas que sorda i moralmente obraron este colectivo cuanto esplendido arranque. Erraria quien de su sinrazon revolucionaria sacara argumentos sobre la ausencia de cargos graves. Convento, eso sí, que Bolivia erró esa vez mas que habia errado Ballivian. No ganó sino perdió rebelándose contra ese orden establecido. La canalla no habia tenido aun entrada en el gobierno. A mí me parece que por algo contribuian a la antedicha conflagracion dos nobilísimos resentimientos de la conciencia pública contra el ídolo de otros días: la soberbia sin dignidad de Ballivian, o si decimos la altanería de su temperamento colérico i lascivo a la vez; la fiereza sin misericordia de sus patibulos para reprimir las conspiraciones.

Dos presidentes que no conspiraron por serlo fueron blandos con ellas: Sucre i Córdoba. Los conspiradores mas obstinados, Ballivian i Linares, subidos al mando, fueron verdaderos tigres contra las conspiraciones. Esta inconsecuencia perversa al ejercer el poder justiciero, esta severidad sanguinaria destituida de autoridad moral, no la perdonan jamas pueblos de índole compasiva como el boliviano. En cuanto al otro resentimiento diré, que los ultrajes a personas i los escándalos domésticos de Ballivian, fueron los primeros i mas denigrantes que observaba el pueblo en aquel alto sitio i en una colmada personalidad nacional.

El pintor del personaje, el artista que hoi nos presenta en marco de oro este espejo de la gloria boliviana, sepulta con su silencio a los ministros del gobierno. El colosal olvido de éstos por el pais entero acompaña a Santibañez en este acto de justicia. Los Mendez, los Gutierrez, los Guerra, los Molina, los Buitrago, los Sagárnaga, los Urdininea, los Silva... ¡Qué estadistas aquéllos! Si hubiéramos de cotejar la suya con la trivía-

lidad decretante de los improvisadores de otras administraciones de Bolivia, no la sacarían bien en punto de mecánica cotidiana los repentistas del despacho de Ballivian. Ya se ha visto que la obra trascendente de los unos i de los otros está reducida a cero. Esto basta para que nadie intente hoy turbar la sempiterna insignificancia de todos esos próceres de ocasión. No supieron hacer patria ni en la medida que sirviera hoy de consuelo. Válganles por el intento los sueldos i honores que disfrutaron. Eso sí, a condición de que no se escriba la historia enseñando al pueblo que esos nombres vacíos significan padres de la patria.

Pues bien: esto último ha hecho Santibañez respecto de ciertos letrados antiguos de Bolivia. No vacilo por ello en opinar que estableciendo él, tocante al adocenamiento de ministros del despacho o de lejisladores, escepciones de pura fantasía, se muestra como historiador al nivel del vulgo de su tiempo i de su país. Acaso será que es propia de pueblos novísimos la vanidad de darse algunos antepasados. Acaso tambien será que contradecirla con el mérito de los hechos seria aceptar la plaza de escritor odioso. Pero Santibañez es un espíritu tan aventajado como para pisar estas miserias contemporáneas. Es comun creencia que tiene escrita o va a concluir una historia de Bolivia. Su proceder actual vale por eso, cual un desengaño para los que estiman la instruccion i sensatez de su claro talento. Indudablemente, no es miopía del medio ambiente la suya, ántes flaqueza de un corazón apacible, contemporizador i tocado de efímera popularidad.

Acabamos de ver que por amor a su héroe ha abdicado la autoridad que allá tiene con justicia su palabra. No compulsó el proceso de una época entera dejando sentir por sus resultas el demérito del afán perdido. Hizo venir a su presencia los hombres i las cosas de un protagonista, sin ajustar a éste su cuenta ni calcular por el grado de su ambicion implacable el de su responsabilidad histórica. Hé aquí que ahora, a fuer de buen patriota, cae un momento en ese delirio de las grandezas, idas que acometer suele a los caballeros nobles i desbaratados. Como el cantor célebre de las ruinas, columbra allá errando en lontananza oscuras sombras de alto ejemplo.

Era de no creerlo. Santibañez es también de los que están viendo cosas i personas insignes en el pasado de Bolivia; los está viendo a través de la materialidad fofa de los hechos i caracteres que él mismo describe. ¿No llega a asignar talla superior de publicistas a Olañeta, a Urcullu, a Torrico i a Serrano? ¿Por qué olvidó a Sanchez de Velasco? El último de aquéllos fue rabelescamente ridículo; notario a la vez que procurador del número en los estrados del supremo Santa Cruz, el inmediato; jurisperito atrasadísimo, el otro; Olañeta, con talento i mundo, fué cien veces funesto a Bolivia, útil una vez sola a la opinion nacional, teórico i práctico publicista siempre de la inconsecuencia i la falsía. ¿Insisten los alto-peruanos en considerarse egréjamente servidos por esté prototipo de su casta? Tanto peor para su sentido comun i para su sentido moral.

Así i todo, a pesar de lo visto, nuestro autor en el vuelo de sus apreciaciones se ha quedado corto al respecto de Ballivian. Sin salir de su libro puedo hacer mérito de una prueba de su moderacion entre gigantes. ¿Qué piensa el intelecto social de Bolivia acerca de uno de esos personajes que mas han dado allí que discutir a la posteridad? Curioso sería saberlo en forma concreta. Un respetable aserto, a cuarenta i seis años de distancia de los hechos, daríanos una idea, me parece, del grado de serenidad o si decimos de sindéresis que sería posible hoy obtener allá de ese intelecto.

Esos que quisieran ver que sobre historia se escriba, no para fines de apacible entretenimiento, sino para enseñar en cabeza propia a quienes tienen dolorosa necesidad de aprender, no deben escandalizarse del presente elojio heroico de Santibañez. Quien ha elevado al cubo a Ballivian como estadista es el ex-diplomático i ex-ministro que sirve de padrino a la *Vida del Jeneral José Ballivian*. Juan Crisóstomo Carrillo, íntegro i dignísimo ciudadano de Bolivia, dice en su prólogo:

«Cae el Jenio tronchado por el rayo destructor cuando vastos plánes cruzaban su mente!... El nombre de Ballivian estará siempre ligado al engrandecimiento de su patria, a la que consagró todo su anhelo i los esfuerzos de toda su vida.»

¡Ai del que en Bolivia no proclamare el engrandecimiento de los alto-peruanos! Los escombros quiebran allí los ojos, las

desdichas parten el corazon, agotaron sus pruebas los doctores oficinistas, de primor las rindió el militarismo prepotente consumando acaso ¡Dios no lo quiera! la ruina de la nacionalidad. Pero ya no es sobrado decir con aquel candidato que acertó: «Me postro de hinojos a besarle las llagas a Bolivia». Es menester alzar pendones para que reinen hasta en la historia del pais la insuficiencia i la impericia.

Estraña manía la de los que persisten en mantener su mente en perpetua infancia. No hai ni quien a la larga les quite la idea, de que esós que consideran arsenales i constructores de obras contra las tempestades del tiempo, no son sino talleres i carpinteritos de blanco cuyos escaparates duraron tanto como los carpinteritos mismos. No digo que la pluma escárnezca o increpe o abata mayormente en su miseria a una jeneración culpable. No es este el ministerio de la historia. Pero, ciertamente, vale mas arrojar léjos la antorcha de esta eminente maestra, vale mas sellar con el dedo los labios indignados como la estatua de la Noche de Miguel Ángel, si valor no ha de haber para afrontar con la esperiencia de los hechos el engaño público en estas que son horas decisivas de prueba.

Santiago de Chile, Noviembre, 1894

G. RENÉ-MORENO

